

ala delta

Manuel L. ALONSO

**EL ÚLTIMO
HOMBRE LIBRE**



Sebas dice que las mejores cosas de la vida son siempre gratis. Por eso le gustan las estaciones de ferrocarril.

Fue buscador de perlas, aventurero, navegante... o por lo menos es lo que cuenta. De todas formas, es un compañero ideal para emprender un viaje en busca del tesoro. Martín tiene suerte en conocerle.

Manuel L. Alonso se ha dedicado durante muchos años a la literatura y ha publicado cerca de un centenar de relatos. Su prosa, ágil y dinámica, capta enseguida la atención del lector.

El último hombre libre

Le llamaban vagabundo, pero ésa es una manera indirecta de afirmar que era un filósofo, un artista, un viajero, un naturalista y un descubridor.

O. Henry

Índice de contenido

Cubierta

El último hombre libre

Capítulo primero

Capítulo segundo

Capítulo tercero

Capítulo cuarto

Capítulo quinto

Capítulo sexto

Capítulo séptimo

Capítulo octavo

Capítulo noveno

Capítulo primero

YO no tenía más que once años. Todas mis cosas cabían en una maleta pequeña. Mis padres estaban en el extranjero, y todo el curso lo pasaba encerrado —quiero decir interno— en un colegio que no me gustaba.

Era un solitario; prefería los libros a la gente. Mi único amigo había sido un compañero de aventuras llamado el coronel Pickering. Después conocí a Sebas, el último hombre libre.

Todo empezó un lunes de diciembre. ¿Hay algo peor que un lunes de invierno? Cuando eres interno ni siquiera puedes intentar de vez en cuando el truco de fingirte enfermo y quedarte en la cama. Tuve que levantarme, como siempre, cuando aún era de noche. Pero ya había decidido que aquélla sería la última vez. Asistí a las clases de la mañana. Después de comer teníamos una hora libre. Me puse la cazadora, engañé al portero con un cuento y salí a la calle.

Caminé hasta la estación y miré los horarios de los trenes. Tenía por todo capital doscientas pesetas. Naturalmente, con doscientas pesetas no se llega a ninguna parte. No había ni que pensar en comprar un billete. Me colaría.

Pero para colarse en un tren hace falta cierta práctica. La primera vez uno no sabe muy bien cómo evitar al revisor, y ni siquiera sabes lo que puede ocurrir si el revisor te pilla. Si eres un niño te devuelven custodiado por la policía, supongo.

Bien, miré los horarios de los trenes y decidí que lo mejor sería tomar uno de los que iban hacia la costa. Pero no

había ninguno hasta la noche, de modo que me senté a esperar.

Había mucha gente en la estación. Los mejores sitios estaban ya ocupados por los vagabundos. Supuse que serían vagabundos por sus ropas no muy limpias. La verdad es que el vestíbulo de la estación olía como si un rebaño de ovejas hubiese acampado por allí. Pero no tengo nada contra las ovejas, ni contra los vagabundos, de modo que me conformé con un asiento roto al lado de un hombre que tenía una barba desigual y rojiza. Su ropa tenía tal cantidad de manchas de todos los colores que parecía un álbum de mariposas.

El hombre me miró y dijo:

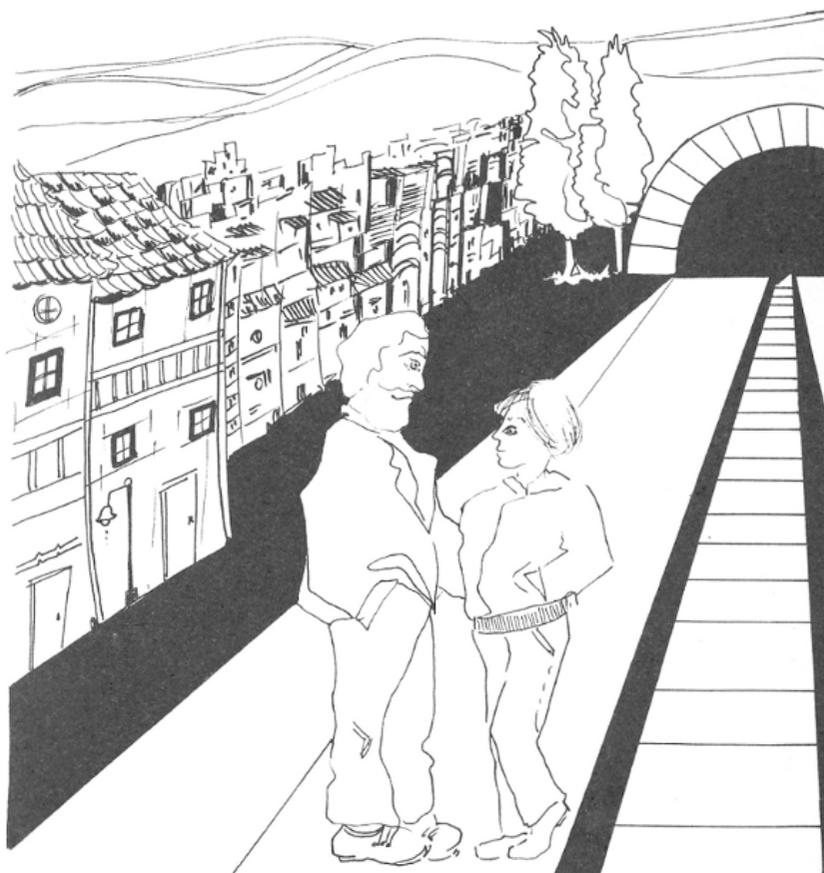
—Hola, muchacho.

Eso estaba bien. No decía «niño» o, lo que es mucho peor, «pequeño», sino «muchacho». Respondí a su saludo.

—Éste es un buen sitio —dijo, refiriéndose a la estación—. Y completamente gratis. Las mejores cosas de la vida son siempre gratis.

Pensé en algunas de las cosas que más me gustaban y decidí que el hombre estaba equivocado, pero no dije nada.

—¿Viajas con tu familia? —preguntó.



No valía la pena explicarle que mi familia estaba a dos mil kilómetros de distancia y, por otra parte, sentí la tentación de presumir un poco.

—Viajo solo.

Y luego, deliberadamente, para hacerle comprender que no estaba dispuesto a ser interrogado, le pregunté a mi vez:

—¿Y usted?

—Por ahora no voy a tomar ningún tren. Simplemente estoy aquí. Vivo aquí.

—¿En la estación?

—Ya te he dicho que es un buen sitio. Tan bueno como cualquier otro.

—¿Cómo se llama?

—Todo el mundo me llama Sebas. ¿Y tú?

—Martín. Me gustaría preguntarle una cosa, Sebas.

—Adelante, muchacho.

—Quisiera saber si me está tomando el pelo o es de veras un vagabundo. Sé que muchos jubilados vienen a pasar la tarde aquí porque se está caliente.

—Para estar jubilado es necesario haber trabajado antes, y te aseguro que se me ha olvidado cuándo fue la última vez que hice un trabajo, si es que puedo decir que he hecho alguno en mi vida.

—He oído —dije— que a veces los policías se disfrazan de vagabundos. Supongo que no será un policía disfrazado.

Se rascó la barba furiosamente, con un ruidito como cuando se enciende una cerilla: raaac, raaac. Parecía estar buscando una respuesta adecuada para mi impertinencia.

—Si un adulto me dijera eso —explotó finalmente— le retorcería el cuello como a una gallina. ¿Qué te hace pensar que yo pueda ser un policía? ¿Parezco un policía? ¿Huelo como un policía? Si fueras un poco más grande, nadie te salvaría de una paliza. Hasta es posible que te arrancara los brazos y las piernas.

A pesar de su voz impresionante, comprendí que era uno de esos inofensivos perros ladrones que nunca muerden.

—Acabo de escaparme —dije para presumir también yo un poco—. Estoy interno en un colegio, y esta tarde me he largado. Me imagino que esta misma noche avisarán a la policía.

Hizo un extraño sonido por entre sus dientes rotos.

—Tch, tch, tch. Tener a la policía detrás es mal asunto, Martín. Si aceptas el consejo de un viejo amante de la libertad, harás bien en largarte tan lejos como puedas.

Me sorprendió que no me aconsejara volver. Incluso siendo un vagabundo, había esperado que tuviese la misma clase de reacción que todos los adultos, eso que llaman sentido común.

—¿Te has fugado tú solo?

—Sí. Sólo tenía un amigo, el coronel Pickering, pero ha muerto.

—Hum, vaya, lo siento, muchacho.

Sebas sacó un cigarro hecho a mano y lo encendió. Tragó una bocanada de humo antes de pasármelo.

—Fuma, compañero.

No podía negarme y di un par de caladas. Era un tabaco muy fuerte. Sabía a suela de alpargata y a papel de periódico. Pero me hubiese fumado la pata de un mueble con tal de ganarme el respeto de Sebas.

—Ese militar amigo tuyo, ¿era muy viejo?

—El coronel Pickering no era en realidad un militar.

Me puse en pie porque no quería seguir hablando del coronel y pregunté, por decir algo, si hacían bocadillos en el bar.

—Desde luego —dijo Sebas—; anoche me compré uno de calamares para cenar. Sí señor, cuando puedo permitírmelo me gusta la buena vida.

—¿Quiere decir que no ha comido nada desde ayer?

—Mis finanzas no están muy boyantes, si entiendes esa clase de lenguaje.

—Quiere decir que tiene poca pasta.

—Ni un céntimo. Lástima, porque con mucho gusto te hubiera invitado a uno de esos bocadillos. A mí me los cobran a veinte duros, precio de amigo. Pero así es la vida: no se puede tener todo a la vez. Yo tengo salud y tengo un buen par de zapatos que encontré anoche en la basura. Puesto que la semana pasada estaba enfermo y sin zapa-

tos, puede decirse que en líneas generales las cosas me van bastante bien.

Bueno, le dije que tenía veinte duros y que iba a comprar un bocadillo y nos lo comeríamos a medias. Dijo que él nunca rechazaba la invitación de un amigo y fuimos al bar. Los calamares sabían igual que el plástico de una botella de lejía, pero a él parecían gustarle. Me explicó que una vez había comido carne humana.

—¿De veras?

—Fue allá en África, en el Congo, pero será mejor que no te cuente los detalles.

Como nos habían quitado el sitio mientras estábamos en el bar, fuimos a dar una vuelta por los andenes. Estaba anocheciendo y el cielo tenía un color semejante al del plomo. No tardaría en nevar. Los pantalones de Sebas tenían un siete enorme por el que seguramente se colaba el aire, frío como un cuchillo.

—Estoy seguro de que se puede confiar en ti —dijo de pronto mirándome fijamente con sus ojos grises—. Nunca me equivoco al juzgar a una persona.

No supe qué decirle, así que no dije nada.

—Estoy demasiado viejo para viajar solo, muchacho —siguió—, y llevo demasiado tiempo esperando que aparezca el compañero adecuado para contarle mi secreto.

Me puso la mano en el hombro, deteniéndose. Estábamos solos en el largo andén. Aun así, bajó la voz hasta convertirla en un susurro que salía a través de sus dientes rotos:

—Tengo un tesoro escondido.

Yo acariciaba mi última moneda, y pensé que si creía que iba a venderme un plano falso estaba listo. Mis veinte duros no saldrían de mi bolsillo.

Se inclinó y acercó su cara a la mía —era bastante más alto que yo—; me di cuenta de que su aliento olía a vino barato.

—Un verdadero tesoro. Monedas antiguas, oro, joyas, plata.

—No lo creo —dije; pero estaba deseando creerlo.

—Está todo en un cofre —continuó como si no me hubiese oído—, y calculo que debe de ser un cofre muy pesado. Sólo hay que ir y cogerlo.

—Bien, ¿y por qué no has ido tú? ¿Por qué me lo cuentas a mí?

Se rascó la barba pensativamente: raaac, raaac. Había empezado a nevar. Los copos caían suaves como plumas de paloma y se fundían al llegar al suelo.

—No conozco el lugar exacto —dijo—. Habrá que seguir la pista y no será fácil, porque lo enterraron hace muchos años. Para empezar, es preciso viajar a una isla.

—¿Una isla? ¿Dónde?

—Lo sabrás en su momento. Tú quieres llegar a la costa, pero no tienes idea de cómo viajar sin dinero. Necesitas alguien que te enseñe algunos trucos. Y supongo que tanto te da ir en una dirección como en otra.

—Aún no entiendo para qué me necesitas —insistí.

Siguió con la mirada las vías del tren, que se perdían a lo lejos en el interior de un túnel. Cuando habló comprendí que se dirigía a mí como si yo fuese un adulto; o tal vez hablaba para sí mismo. Fue una sensación extraña.

—No tengo ningún amigo. Aquí todos se burlan de mí. Piensan que soy demasiado viejo y que moriré antes de reunir el valor para salir de aquí. Y en cierto modo tienen razón: no me siento capaz de volver a viajar solo. Y sin embargo sé que yo podría volver a ser el que fui. Si tuviera a alguien. Un amigo.

—¿Por qué se burlan de ti?

—Porque les he contado historias que no creen. Piensan que todo lo he inventado.

—Y les has dicho también que tienes un tesoro y que un día irás a buscarlo.

Afirmó en silencio.

—Te daré la mitad —dijo.

Traté de imaginar un cofre como los que aparecen en las películas de piratas, con joyas, oro y lo demás. Eso era mucho dinero, muchísimo dinero. Pero había algo más importante que el dinero. Lo que él me estaba proponiendo era, sencillamente, una aventura.

Un tren silbó a lo lejos. La nieve amortiguaba todos los sonidos y era como si estuviésemos solos en la estación, e incluso en la ciudad.

Me tendía la mano, sin decir una palabra, para que cerrásemos el trato. Era una mano áspera y grande. Se la estreché con fuerza.

Capítulo segundo

RECUERDO una vez, en Alaska —dijo Sebas mientras el tren dejaba atrás la ciudad—; hacía tanto frío que, si uno escupía, se congelaba la saliva antes de llegar al suelo.

En el tren se estaba caliente. Habíamos conseguido un departamento para nosotros solos, y aunque se trataba de uno de los expresos antiguos, la calefacción funcionaba bien.

Sebas me había explicado que los trenes con muchas paradas los recorre el revisor a menudo, pero que en el nuestro sólo pasaría una vez en toda la noche.

Yo miraba por la ventanilla en silencio. Sobre los campos y las granjas la nevada parecía más espesa. Los copos chocaban contra los cristales y se escurrían formando diminutos riachuelos. Todo parecía más triste así. Me resultaría difícil explicar en qué pensaba yo en esos momentos. Probablemente tan sólo en lo que ocurriría cuando llegase el revisor.

—¿Qué ocurre, Martín? —dijo Sebas—. ¿Te has arrepentido y preferirías estar de vuelta en el colegio?



—Los hombres no se vuelven atrás cuando han tomado una decisión —dije, repitiendo una frase que había aprendido de una película.

—Te entiendo perfectamente. Quieres vivir como los adultos, sin tener que obedecer porque sí y permanecer quieto y callado cada vez que alguien está de mal humor.

Le miré sorprendido porque lo que decía estaba muy cerca de la verdad. En ese momento oímos que se aproximaba el revisor. Sebas se puso en pie sobre el asiento. Creí

que se había vuelto loco. Me pidió en un susurro que le ayudara a llegar hasta el hueco para equipajes que había sobre la puerta, y le empujé como pude. Luego me tendió la mano y me ayudó a subir junto a él. Aunque el sitio era bastante justo, tenía la ventaja de que el revisor no nos vería a menos que entrase en el departamento. Confié en que se limitase a echar un vistazo desde la puerta. La oí abrirse cuando apenas habíamos acabado de acomodarnos.

Tenía tanto miedo que ni siquiera respiraba. Sabía que si levantaba la nariz me encontraría con la gorra del interventor a pocos centímetros. Temía que nos delatase el olor de Sebas, aquel olor a oveja y a humo de hoguera, pero al parecer el interventor era uno de esos hombres que a fuerza de fumar acaban por perder el olfato.

Estuvimos inmóviles un buen rato, encogidos de brazos y piernas, mientras le oíamos abandonar nuestro escondite. Echamos las cortinas para que no pudieran vernos desde el pasillo y nos sentamos de nuevo. El resto del viaje transcurrió sin dificultades.

Le pedí a Sebas más detalles acerca del tesoro, y me dijo que tenía su origen en cierto robo cometido durante la guerra civil por un grupo de hombres que, excepto en un caso, murieron poco después de ocultar su botín. El último superviviente, poco antes de morir ya muy anciano, había puesto a Sebas en antecedentes.

Por prudencia no habíamos encendido las luces del departamento. Yo trataba de ver la cara de Sebas en la oscuridad mientras me hablaba. Recuerdo que se limpiaba la nariz con la manga, como algunos niños pequeños. Después de una pausa, dijo:

—Ahora ya lo sabes casi todo. Espero que también tú te decidas a confiar en mí y me cuentes tu propia historia. Todavía no me has hablado de tu amigo el coronel Pickering.

No le respondí. Fingí que el sueño me vencía, empecé a bostezar y me puse a respirar acompasadamente como si